

EUROPA

La noche reptante y sirga, cabecea
por entre el empedrado de las sílabas
oscuras, vira y tuerce poderosa
hacia el pie y se pliega y se sumerge
en el largo canal, nocturna bebe,
rumia hilo, pace pasta, tendida yace
cerca de la estación donde el lector
salta del tren, se apea del caballo
en marcha, y sube, entra en la claridad;
el bulto, afuera, agita su volumen
y muge largamente y, cuidadoso,
salitrosa pezuña posa en el cristal.
Al fondo se lee el sueño, la muchacha
europea novelada que llega, aparca
su bicicleta contra el barandal, corte
del puente, y en mitad de la calle un pliego
de reluciente lámina fingida muestra
atropellados signos, la luz mate.
Fin ni principio tiene la lectura
del viajero en su ventana infinita
Hotel Acro de Amsterdam; ya rejuvenece
la vieja Europa y leva y su belleza
prende el lomo nupcial, voraz se aferra
a la página y el clan de su hermosura
se desparrama hacia el interior
de la novela, frente al museo.
Cerca de la estación y sobre el muelle
de la escritura brota un agujero
sin luz donde relampaguea el Norte,
la noche silba, el viajero dormita
y la muchacha sube ya, monta; debajo
se atora voluptuoso el bulto, lame
el pie desnudo con su lengua viva,
abandona este texto y se consume
libre, real, por el espacio el rapto.

NÓMADA URBANO

Estanques de pintura en La Plazuela,
la brocha decidida en el barranco.

El mediodía caldeado transparece.
Qué espesa luz, qué inmensa brocha arrasa,
chorrea por la calle Muro, anega
la gran barca de piedra anclada, lisa,
de la Plaza Cairasco las raíces,
el pelo sumergido labra, flota
qué espesa luz, inmensa brocha amansa,
baldea la barcaza inmóvil, funda
por la Alameda de Colón la piedra
empapada de luz borra el espacio,
tallada casi centenaria, tiembla
la atmósfera en su límite, caída
también en la bahía desemboca
el muelle circular y la bocana
cerrado Guiniguada abajo, seco.

El fuego soleado bulle: entalla
la brocha, arrecia azul, cala, bracea
el barrio, la calzada presurosa,
empapado salitre, el palo enristre,
embadurne de cal, sacuda el aire
el lienzo El Gabinete Literario
(la tarta encristalada, recoleta)
lenta crema pastel rosa y dorada
en el azul más pálido y lechosa
encalle la fachada en su presencia,
qué verde espeso, moteada luz
emborróna el laurel indio aceitoso,
las baldosas, la lámina del agua
el oleaje en que se baña (corre
la muchacha desnuda) el amarillo
espumoso, feraz, unta la guagua
(el oro viejo se recuece dentro
del cazón seco) y con el palo atiza
el tronco, la palmera que se espliega
la cresta verde y el trasluz finiza.

Largo mural el malecón urbano
prepara su materia colorada, pringa
el Hotel Madrid de rojo inglés,
fregotea su muro y la memoria
la plaza troquelada, con el busto
ceremonial en medio, alicaído.

poeta

1933-2002

manuel padorno

página web oficial

www.manuelpadorno.es

Al fondo de la Iglesia San Francisco
corre el mural tapiado, fresca sombra
también de la alameda terminada.

Hondo brochazo largo el Puente Piedra
y la calle Malteses. Es, entonces

cuando el pintor contempla, desde arriba,
Risco San Nicolás que se desagua

tallado lienzo echado mientras tensa
(la tarde retrasada, en pie) empuñando

el largo mango que la brocha humea.

CLIFFORD STILL

Ya casi nadie tiene tiempo para nada afortunadamente. Antes se perdía. La cosa cambió al envejecer. Aquel hombre parecía viejo desde siempre. Desde que le conocí en el Museo. Era de plata luminosa.

Volví a verlo en Buffalo. En Nueva York me aseguraron que la nieve cubría la ciudad. Que no fuera en noviembre. Vi las fotografías del estudio. Eran de California. Él quiso enfrentarse al pintor europeo salvajemente. Cuando vivía en Nueva York. Él tuvo que intuir algo. Su mujer no hablaba nunca en público. Él tampoco. Parece ser cuando la universidad lo distinguió. Parece ser.

Cuando murió, el crítico de arte del *New York Times*, redactaba la nota fúnebre; escribía que se alegraba de su muerte. Que qué arrogancia tuvo toda su vida, ese pintor solemne de la Costa Oeste, que qué se creía. Cuando vi la fotografía del estudio, cerca de Canadá, en invierno, la nieve se agolpaba alrededor de la casa. La puerta se abría hacia adentro. Salía por encima.

Fui a verle a Buffalo, en invierno, a la fundación. Chicago al fondo, el lago una lámina. Cuando estaba allí en la sala viendo el paisaje, entró él, con su hija. Miraba algo por encima del lienzo. Lo señalaba alto, en el borde. La sien de plata luminosa.

Después de muchos años volví a verle. Ya había muerto. En el Metropolitan. Todo el paisaje del Oeste americano. Un paisaje hermosísimo y terco, caudaloso. Algo me llamó la atención entonces. Ojeaba el catálogo. Busqué el lienzo. Aparentemente no se hallaba allí. Una mancha redonda abajo le faltaba. Había engrudo cristalizado allí. Pregunté. Su hija solícita me explicaba que era un papel pintado perdido en el traslado, que no sabía dónde había ido a parar, que estaban desolados buscándolo.

Cuando salí del Metropolitan noche cerrada ya pensaba en aquel papel por el suelo buscándolo. Inútil. Aquella mancha interrumpía su pintura, aquella mancha perdida. Seguramente se desprendió por eso. Volví a ver el lienzo en California. Tenía la goma cristalizada allí brillante. Como una luz.